

nómada ama su caballo, como el marino su nave: no le habéis de sujetarse á las costumbres sedentarias de los chinos, de hacer habitaciones fijas, de cavar la tierra para procurarse el sustento... Este libre hijo de la naturaleza se dejará tratar de rudo, de ignorante, de bárbaro; pero á su vez él desprecia al hombre civilizado, que se arrastra como un gusano en un palmo de tierra que él llama su propiedad. El desierto le pertenece en toda su grandeza, sus rebaños, que le siguen en sus vagabundas escursiones, le suministran abrigo y alimento. ¿Qué mas le falta mientras no le falte tierra?

En cada parada nos esperan cien ginetes y caballos de relevo: las órdenes del gobierno chino, dadas para la rapidez y seguridad de nuestro viaje son escrupulosamente ejecutadas. Una multitud de nómadas recorren las estepas, y prevenidos de nuestra llegada, acuden á las paradas para servir de postillones. La curiosidad ciertamente no es extraña á esta solicitud. El desierto que me parece tan árido mantiene numerosas familias de pastores, como lo prueban los grandes ganados de cuerno y las yeguas que pacen en estas soledades. La inmensidad del terreno suple á la fertilidad de los pastos. Los caballos mongólicos son de una sobriedad extraordinaria: un puñado de yerba y otro de mijo basta para su pienso; son rápidos y seguros, pero trotones y por tanto molestísimos.

En *Dzil-Hungol* habia mucha gente para hacer el relevo, y hecho sin detencion, continuamos al galope. Cada carruaje llevaba cuatro postillones. ¡Bravos ginetes! fijamente sentados en sus sillas, con los pies á plomo en sus anchos y macizos estribos, parecen como los centauros formar parte de sus caballos: con frecuencia trotan, de pie sobre los estribos, el cuerpo un poco inclinado, la vista fija en el horizonte como si quisieran atravesar las misteriosas brumas de la estepa; otras veces se inclinan hasta cerca de la tierra y por un milagro de equilibrio, recogen el roncal de sus caballos, que mal atado, arrastraba á sus pies delanteros. Sostienen entre todos una competencia de fuerza, de agilidad, de destreza, y esta especie de torneo, distrayendo nuestra atencion, nos hace menos largo y aun menos fatigoso el camino. En cambio, si son excelentes ginetes, los mongoles son hombres perdidos, cuando tienen que andar, ejercicio que ellos evitan todo lo posible: tuercen las piernas, encorvan el cuerpo, su paso es tardío, lento, pesado y hasta su mirada ordinariamente viva y brillante, viene á quedar inespresiva y estúpida.

Hemos creído reconocer esta mañana una mujer entre nuestros postillones, por sus negras trenzas, que se le desataron con los bruscos movimientos del caballo y flotaban sobre sus anchos hombros. *Gom-*

*boe*, el intérprete mongol de Mr. de Buluseck, nos ha asegurado que, en efecto, habia mujeres que hacian tan penoso servicio para reemplazar á sus padres ó maridos ausentes. Estas desgraciadas mujeres son de tal modo semejantes á los hombres por su traje, su modo de andar y su voz, que hasta ahora no las habíamos distinguido.

Al partir esta mañana helaba fuertemente: el termómetro estaba bajo cero. Cuatro horas despues, en *Heve-Muhot*, por donde pasamos al medio dia, marcaba 30 grados de calor. Estos bruscos cambios de temperatura tienen lugar todos los dias poniendo nuestros pechos á violentas pruebas. Por la mañana es menester abrigarnos con pieles y mantas; á medida que el sol va subiendo al horizonte, hay que ir aligerando de abrigo, hasta despojarlos todos, para volver á tomarlos á la noche. A pesar de estas precauciones, todos estamos constipados. La temperatura depende aquí de las corrientes del viento: los mongoles nos han asegurado que en la primavera, en dias de mayo, no es raro encontrar viajeros helados en el desierto.

En *Bulo*, donde pasamos la noche, se ha preparado por orden de nuestro mandarin mongol una gran tienda que pueda servirnos de salon comun y donde haremos la velada: en él escribo estos apuntes. Hasta ahora hemos escapado á un peligro que me hace estremecer: nuestras habitaciones portátiles, no han sido aun visitadas por ciertos insectos que abundan entre estas gentes, poco acostumbradas á lavarse, á peinarse, y menos aun á cambiar sus pieles de carnero que abrigan millares de ellos. Mr. de Buluseck me da sobre este punto pormenores alarmantes. Por fortuna los calores no han venido aun á fecundar tan mala semilla, lepra de esta raza nómada.

Acabo de saber que mi lecho de campaña comienza á descomponerse y quedará muy pronto fuera de servicio: ya hace muchas noches que mi esposo duerme en el suelo y pronto tendré yo que hacer otro tanto. Nada puede resistir á los rudos sacudimientos de nuestros carros chinos. Por mucho cuidado que se ponga en embalar el equipaje, nada aprovecha, todo se roza, todo se rompe, y vamos sembrando el camino con despojos de nuestro ajuar ambulante: en fin, Augusto, que ya nos habia indicado que la moneda contenida en las cajas, se molia con el roce, acaba de probarnos su veracidad trayéndonos un puñado de polvo de plata: una pila de piastras que hemos encontrado en un cofre, está roida como por una lima, y si este viaje dura en tales condiciones mucho tiempo, todo vá á llegar en polvo. Y gracias si nuestros cuerpos llegan enteros.

*Humutch* 1.º de junio.—Nos hemos levantado esta mañana á las tres y media el capitán Bouvier y yo, resueltos á recorrer á caballo la estepa entre *Bulo*

y *Sudji-Bulack*: el oficial de escolta nos ha facilitado dos buenos caballos, y á las cinco ya estábamos cabalgando; es el único recurso que me queda para sustraerme á la molestia de los vaivenes. Pero he graduado mal el tiempo: siendo el camino bastante llano ahora, los carruajes partieron velozmente adelantándonos tanto, que ha sido menester galopar por espacio de 32 *verstas* para alcanzarlos. Llegando rendida de cansancio, tomé con placer posesion de la calesa.

Hay un árbol un poco antes de llegar á *Sudji-Bulack*, una especie de aliso, anguloso y descarnado, mezquino producto de algun grano de semilla traído por el viento ó por los pájaros á una grieta ó hendidura del gran macizo de este suelo: para contemplar esta maravilla del desierto, nos hemos detenido un rato.

El desierto se civiliza: su aridez aumenta á cada paso; ya no se descubre un tallo de yerba; pero los caminos son mejores, porque hemos dejado atrás la zona pétreo y vamos por una arenilla que recuerda los andenes de un parque bien cuidado...

Me he apresurado mucho á despedirme del desierto: algunas *verstas*, cerca de *Toli-Bulak*, todos los carruajes se detuvieron ante una zanja perpendicular de 2 metros de profundidad por 1 de latitud: este foso que sirve de conducto á las aguas pluviales, se estiende sin intermision hasta perderse de vista de Este á Oeste. Todos echamos pie á tierra y nuestros mongoles se lanzaron al galope para salvar el obstáculo. No me sé esplicar cómo consiguieron hacer pasar los carruajes al otro lado: solo puedo decir que ví algunos caballos cojos, no pocos ginetes por tierra, varas y pescantes rotos; pero, á Dios gracias, ninguna desgracia sensible.

Apenas continuamos nuestra interrumpida marcha, cuando un muelle de la calesa se rompió en dos pedazos: preciso fue seguir la marcha pian piano; y en tanto Mr. de Buluseck y yo, nos espantábamos ante la consideracion de hacer nuestro viaje en carretas chinas: es ciertamente un penoso medio de transporte al que debiera condenarse á los admiradores de la civilizacion del Imperio del Medio. Afortunadamente nuestro sargento de ingenieros pudo reparar el siniestro en *Toli-Bulack*, donde paramos para almorzar, y donde nuestros mongoles aprovecharon las tres horas de alto para componer los otros carros, mas ó menos quebrantados en aquel mal paso. Uno de nuestros caballos que se habia roto una pata, fue rematado, despedazado y devorado por la gente de nuestra escolta en compañía de otros nómadas que acudieron al olor de la carne chamuscada.

En *Toli-Bulack* hay una pequeña pagoda de ladrillo rojo, única construccion que hemos visto de esta clase desde *Kalgan*, es decir, en el espacio de 600 kilómetros.

Es jornada de contratiempos. Un poco antes de la estacion de *Muhur-Kachum*, uno de nuestros postillones ha dado una caída, rodando peligrosamente entre los pies de los caballos: muy luego fue retirado de nuestra vista, y á pesar de mis preguntas, me ha sido imposible saber de él; las caídas son tan frecuentes, que segun parece, nadie pára en esto su atencion.

Acabo de asistir aquí en *Humutch* á un espectáculo tan imponente como pintoresco. Llegaba el sol á su ocaso cuando nosotros á este punto: el desierto teñido con la púrpura de la última luz, se estendia árido, desnudo, igual é infinito hasta allá donde la tierra se confunde con el cielo. Nuestros mongoles habian formado un campamento alzando las tiendas y poniendo los carros en una larga fila á modo de un tren de artillería en un orden de batalla. Algunos camellos, con sus patas recogidas y sus prolongados cuellos, rumiaban pacíficamente acurrucados, como enormes caracoles; los caballos trabados con cadenas de hierro, erraban por aquí y por allá, en busca de pastos, haciendo resonar sus maneotas; á lo lejos se dibujaban una serie de pequeñas tiendas puntiagudas, á las cuales parecian mandar las nubes con sus grandes capiteles y sus flotantes flámulas nacionales. *Humutch* es una de las capitales del desierto, un lugar de descanso para las caravanas, donde los pastores afluyen de todos los puntos del *Gobi*, para hacer sus cambios por mercancias de China ó de Siberia. Bien que no haya en el paraje mas habitaciones que tiendas, se encuentra aquí una lamasería bastante grande, rodeada de pirámides funerarias y defendida por una muralla.

Un numeroso gentío nos rodeó en cuanto echamos pie á tierra: fuimos á ver la lamasería situada á algunos centenares de metros al Norte de nuestro campamento, y á medida que avanzábamos, la multitud se separaba para abrirnos paso, cruzando cada uno respetuosamente las manos sobre su frente y haciendo una genuflexion para saludarnos con la palabra *mandú* (bienvenida). Estos homenajes tan sencillamente tributados tienen algo mas patriarcal, mas digno que el saludo chino, acompañado de falsos cumplimientos. Un lama vestido de túnica y gorro de color amarillo vino á abrirnos la puerta de la lamasería y nos sirvió de guia para ver el edificio que se compone de un templo de arquitectura mongólica y muchas pagodas chinas, menos adornadas y de una forma mas aplanada. Nada de esto escita la curiosidad ni se asemeja en lujo ni grandeza á los templos de Pekin: solo la serie de pirámides mortuorias que se alzan regularmente en derredor, dan al conjunto un singular aspecto: una escalera practicada en el interior conduce á un subterráneo que guarda huesos humanos con rojas inscripciones de sentencias místicas. *Humutch* es un lugar famoso por la santificacion de

los muertos y es de tradición que Budda visitó esta lamasería en sus misteriosas peregrinaciones; así que los tártaros ricos solicitan de los lamas y obtienen, mediante una renta anual no insignificante, la pro-

mesa de recibir aquí sus restos mortales. La lamasería, las murallas, las pirámides, toda esta construcción es de ladrillo barnizado de blanco: imitando el esplendor del mármol, y en medio de la aridez y



Faisan venerado.

sombrio aspecto del desierto, se destaca en el horizonte como una aparición fantástica que alegra la vista del fatigado viajero.

Boro-Burak, 4 de junio.—No he tomado apuntes

en tres días, porque los cambios de temperatura me han puesto mala. Nada hay tampoco que consignar de interesante, sino la esperanza de salir pronto de estas espantosas estepas.

La noche que he pasado en *Homutch* ha sido más que mala: los gritos y juramentos de los camelleros, los relinchos y bramidos de los animales, y sobre todo el ronco son de la concha marina que sin cesar tocaban dos lamas á caballo encargados de la demanda

de la manteca y de la leche entre los ricos propietarios, me produjeron un prolongado insomnio. Cuando hemos abandonado las ciudades y dormido en el silencio inalterable de la soledad, el oído que percibe el menor ruido, no puede sufrir el tumulto de la



Li-eur, joven chino traído á Francia por M. de Bourboulon.—De fotografía.

muchedumbre. Y sin embargo, fue preciso partir al ser de día.

El calor ha sido sofocante todo el día y por la tarde al llegar á *Halibitchi*, donde debemos pernoctar, nuestros postillones se precipitaron sobre las vasijas del agua y leche de camella que unas mujeres y muchachos les habían preparado: un reñido altercado tuvo entonces lugar porque una de éstas Agares

del desierto había dado de beber á un extranjero antes de servir á su marido. Este derramó el contenido de la vasija y arrojó un puñado de arena á la cabeza de la esposa impúdica en medio de las risas y sarcasmos de los pastores. Esta sencilla escena me recordó las leyendas de la Biblia y los tiempos de los patriarcas.

De *Halibitchi* á *Boroa*, donde hemos dormido des-

pues de haber andado rápidamente 120 *verstas*, el paisaje ha cambiado un poco. Hay en este trayecto algunas colinas y el camino sigue ya el lecho de antiguos secos torrentes, ya el más ancho seno de valles arenosos: algunos arbustos y matas rastreras rompen y salen por entre una corteza de piedras, mientras manchas de verdosa yerba se estienden por los parajes húmedos.

Una carreta se ha roto: los mongoles que han rehusado trabajar, no han querido tampoco suministrar lo necesario para componerla. Sospecho mal del intérprete Gomboe: creo que prevariándose de la ventaja que le da nuestra ignorancia, por lo que hace á su lengua, abusa de todos exigiendo gratis los servicios de esta pobre gente á quien nosotros gratificamos por su mediación.

Al salir de *Boroo* penetramos en una estepa arenosa que se estiende hasta perderse de vista, y fuimos saludados á la entrada de este Sahara asiático por una tromba que nos obligó á encerrarnos en nuestros carruajes; y hasta éstos debían muy pronto detenerse al abrigo de una eminencia, donde en menos de una hora fueron enterrados en la arena hasta los ejes. ¿Qué hubiera sucedido si la tromba hubiera durado todo el día?

Una nueva nube de polvo que se veía por la parte del Norte, nos anunció cerca ya de *Outul* la venida de una caravana: es la primera que encontramos en el desierto. A la cabeza de ella galopaban algunos ginetes, entre los cuales vimos con sorpresa por su traje casi europeo, dos mercaderes de la Siberia, jefes y propietarios de la caravana. Uno de éstos se aproximó y despues de mil saludos, se informó de la distancia á que se hallaban de *Homutch*, del agua y de los pastos del Gobi. Estos rusos iban acompañados de multitud de mongoles, alquilados en el Norte del país de los *Khalkas*, mas miserables y salvajes que los que nosotros llevábamos. Envueltos de pies á cabeza en pieles de cabra, colocados entre las corcovas de sus camellos como fardos de mercancías, apenas se dignaron volver hácia nosotros los ojos. La caravana constaba de unos cien camellos, cargados de cajas cubiertas con pieles de búfalo, casi otros tantos ginetes y algunos bueyes de pelo largo comprados en *Urga*. Lo que habia de mas curioso en todo esto, eran tres barcos no pequeños, contruidos al modo de las casas de baños que se ven en los rios de las ciudades europeas, colocados sobre unos ejes de enormes ruedas y arrastrados por tiros de doce camellos cada uno. Estos singulares vehículos llevaban en su seno las familias y riquezas de los mercaderes siberianos. Los gritos de los camellos, los mugidos de los bueyes, los relinchos de los caballos, los silbidos de los conductores y los sonos de las numerosas campanillas colgadas al cuello de los animales, producían

una armonía salvaje y en cierto modo agradable.

Despues de haber cambiado nuestros saludos, seguimos nuestro viaje hácia el Norte, mientras que los siberianos se dirigían hácia la China. Mas tarde hemos sabido que al llegar allá dieron noticias nuestras á nuestros amigos de Pekin.

*Nara* 5 de junio.—Seducida por el aspecto de las bellas praderas de *Tairin*, he querido caminar á caballo esta mañana. El animal botaba de impaciencia, y dejándolo á rienda suelta, he salvado el espacio á rápido galope, pensando fantásticamente. De repente oí á mi espalda gritos inarticulados, y al volverme en aquella dirección, sentí que me tiraban de la manga: era un mongol de la escolta que se habia lanzado á mi alcance. Quería decirme alguna cosa y en su imposibilidad de hacerse entender en su lengua, ya bajaba una mano, ya bajaba otra, imitando con el gráfico movimiento de sus dedos el galope de un caballo: viendo que aun no lo comprendo, me indica resuelta y fijamente el suelo. Recobro mi presencia de ánimo, y comprendo, en fin, que hay algun peligro de que he escapado tal vez; no es el verdor del pasto lo que inquieta á los caballos, es el espanto, el miedo de ser tragados vivos: el suelo falsea á sus pies, y si permanecieran quietos serían absorbidos por las pérdidas hornagueras, que no devuelven su presa. Todavía me estremezco al recuerdo del peligro en que me hallara. Mejor servido por su inconsciente instinto que yo por mi inteligencia, mi caballo se espantaba sin que yo me apercebiera: un paso mas, y estaba perdida sin remedio.

Los terrenos hornagueros nos cortaban el paso y el jefe mongol dispuso un gran rodeo á fin de evitar estos peligros; pero tal era la elasticidad del terreno por toda esta parte, que la calesa botaba y rebotaba hundiéndose á veces espantosamente.

Blancos vapores que salían del seno de la tierra daban á nuestros postillones una apariencia fantástica; parecían sombras negras de tamaño gigantesco montadas en caballos microscópicos y transparentes. Madama de Baluseck y yo nos divertíamos con este efecto de luz, cuando un fenómeno mas singular aun vino á llamar nuestra atención, el sol, disipando al levantarse los vapores matutinos, nos hizo ver al capitán Bouvier oculto hasta entonces entre las brumas y galopando unos cien pasos delante del carruaje: aparecía á nuestra vista triplicado, es decir, que iba entre dos imágenes suyas que imitaban fielmente todos sus gestos y movimientos; segun que nuestro carruaje se aproximaba á él, ó se alejaba, sus imágenes misteriosas y fantásticas, aunque perfectamente distintas, cambiaban de lugar, ya precediendo ó siguiendo al jinete, ya volviendo á tomar su primera posición á derecha ó izquierda de él. Debo decir, para no alterar la verdad, que este fenómeno desa-

pareció al instante que nos alzamos los velos, que no eran por cierto muy espesos. No me acuerdo de haber visto jamás fenómeno semejante, y dejo á los sabios el cuidado de decidir qué ley de óptica, que descomposición de luz lo producía á nuestros admirados ojos.

Acabamos de encontrar, á nuestra llegada á *Nara*, toda una tribu, que lleva consigo á su emigración en busca de buenos pastos, todo cuanto posee. Los hombres y las mujeres á caballo conducen sus ganados; los niños mas pequeños suspendidos en cestos á los costados de los camellos aparecen colocados simétricamente segun su peso y edad: por encima de ellos van hacinados en conjunto los palos y pieles de las tiendas, armas, parrillas de hierro, ollas de cobre, sacos de harina de cebada, todos los utensilios en fin de una familia nómada. Sobre un vigoroso camello que pasó mas cerca de nosotros, pudimos ver perfectamente dos robustos y graciosos muchachos, asomándose desnudos en medio del pintoresco conjunto de la carga; al lado opuesto iba una pequeñuela de seis años junto á una olla de hierro. Los pobres viajeros jugueteaban y reían tan alegres como si fueran á sus anchas entre tantos objetos que amagaban sus cabezas á cada vaiven del camello. Los mongoles, como todos los pueblos pastores tienen mas cuidado de sus ganados que de sus hijos: es la gente mas sencilla, mas pobre y sucia que he encontrado; lo único que le hace honor es el estado de prosperidad de sus bueyes, de sus caballos, de sus carneros y cabras: teniendo en cuenta la bondad de la naturaleza que ha producido espontáneamente tan magníficos pastos, deduzco que la Mongolia es un gran país, país que conviene á todos los animales, menos al hombre.

No sé cómo tengo humor de chancearme. El maligno clima de esta espantosa tierra, arruina cada vez mas mi salud, ya restablecida en Pekin: solo á fuerza de voluntad y de energía puedo soportar tanta fatiga. Pero si me abandonara el desaliento ¿cómo podría llegar á la frontera de Siberia distante todavía doscientas leguas? Es verdaderamente triste la falta de salud en estos desiertos sin saber lo que Dios querrá hacer de nosotros.»

*Nara* (1) es el punto en que se puede fijar el límite del gran desierto del Gobi. Los prados son aquí tan fértiles como en la *Tierra de las Yervas*, pero el suelo es menos pedregoso y accidentado. Colinas plantadas de sauces achaparrados y de enebros, suceden á los herbosos valles; innumerables rebaños, manadas de ciervos y *antílopes* animan este paisaje. Volviendo á partir desde *Endertab*, en la hora del mayor calor, el paso de los carruajes espantó una ban-

(1) Cesando de escribir Mad. de Bourbonlon desde aquí hasta Siberia por el mal estado de su salud, supliremos sus apuntes con un simple relato entresacado de su extracto de viaje.

dada de hemiones que reposaba entre las cañas de un estanque y huyeron á galope, no sin volver la cabeza, y gritando con penetrante voz á que contestaron con sus relinchos los caballos: estos animales no son raros en tales regiones, segun aseguró *Gomboe*. Hay de ellos dos especies: una gris con una raya negra, que es el hemion de los sabios; otra mas pequeña, de pelo largo color mas oscuro que se asemeja al *dziggetai* del Turkestan y del Thibet. *Gomboe* aseguraba tambien que este desierto estaba habitado por camellos salvajes que él habia visto con sus propios ojos. ¿Hay que deducir de ello, que este animal, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, existe aun en el estado de la naturaleza en las llanuras de la meseta central del Asia, ó mas bien que algunos camellos domésticos recobrando su libertad, viven aquí como los caballos salvajes de las pampas de la América del Sur?

Entre tanto y á medida que se adelanta en el camino, las hondonadas se vuelven valles y las colinas montes. Antes de bajar á *Djirgatanton* hay que atravesar una verdadera cadena de montañas, ramificación de los montes *Kuku-Daba* que se estienden en semicírculo de E. á O. al través del país de los *khal-kas*.

En la vertiente corre por un profundo lecho un rio torrentoso de mas de 100 metros de anchura y aumentado por el deshielo de las nieves, el agua se precipita en espumoso raudal por entre las rocas amontonadas en su cauce. La confianza de los postillones mongoles que no se embarazan con semejantes obstáculos no tranquiliza sino á medias á los viajeros: sin embargo es menester pasar. Búscase un vado y cada carruaje conducido por cuatro hombres y escoltado por cuatro ginetes lo pasa á su vez sin contratiempo. «Tuve un miedo espantoso, nos decía mas tarde madama de Bourbonlon: á cada instante los caballos de nuestro tiro se sumergían, y resoplando fatigosamente por el agua que les cortaba la respiración, se agitaban violentamente para sustraerse al tiro. ¿Qué hubiera sido de nosotras, si los ginetes no los hubieran podido contener? El carruaje hubiera sido arrastrado como una pluma por la fuerza de la corriente, y estrellado contra las rocas cuyas agudas puntas veíamos por debajo del vado.»

Estas asendereadas señoras, aun levantando las piernas para huir del agua que inundaba la calesa, se empaparon completamente, y despues de haber vadeado el rio, tuvieron que detenerse para mudarse de ropa.

Este caudal de agua es un afluente del gran rio *Kerulen* que va á desembocar por la parte del N. E. al del Amor, si no es él el brazo principal.

Desde que salieron de la China, el rio este fue el primero que encontraron los viajeros.